

Sarah Dessen

*Primero
pide perdón*

Traducción:

SONIA FERNÁNDEZ ORDÁS

MAEVA  young

1



—¿Puede ponerse en pie el acusado, por favor?

No era una pregunta de verdad, aunque lo pudiera parecer. Me había dado cuenta la primera vez que nos habíamos reunido allí para lo mismo. En realidad, era una exigencia, una orden. El «por favor» lo decían solo para quedar bien.

Mi hermano se levantó. A mi lado, mi madre se puso tensa y contuvo la respiración. Como cuando te van a hacer una placa de rayos X y te piden que no respires para que se vea mejor y tenerlo todo más claro. Mi padre permaneció impasible, con la vista al frente y una expresión inescrutable, como siempre.

El juez estaba hablando otra vez, pero yo no era capaz de prestarle atención. En lugar de eso, aparté la vista hacia los altos ventanales y me puse a observar los árboles que se mecían de un lado a otro. Estábamos a principios de agosto; las clases empezarán tres semanas después. Parecía como si me hubiera pasado el verano entero en aquella misma sala, tal vez en aquel mismo asiento, aunque sabía que no era así. Daba la impresión de que el tiempo se había detenido. Pero quizá, para las personas como Peyton, esa era precisamente la cuestión.

Solo cuando mi madre empezó a jadear y se inclinó para aferrarse al banco de delante me di cuenta de que acababan de leer la sentencia. Volví la vista hacia mi hermano. Era famoso

por su coraje, y nunca tenía miedo cuando de pequeños salíamos a jugar al bosque que había detrás de casa. Pero el día que aquellos chicos mayores lo retaron a cruzar aquella zanja ancha y profunda caminando sobre una ramita escuálida y él lo consiguió, las orejas se le pusieron coloradas. Estaba asustado. Y también ahora lo estaba.

El golpe del mazo del juez retumbó en la sala, y a continuación nos ordenaron desalojar. Los abogados se volvieron hacia mi hermano; uno de ellos se inclinó para decirle algo mientras el otro le ponía una mano en la espalda. La gente se levantaba, formaba filas para salir, y yo notaba sus miradas sobre nosotros mientras tragaba saliva y centraba mi atención en mis manos, cruzadas sobre el regazo. A mi lado, mi madre sollozaba.

—Sydney, ¿estás bien? —me preguntó Ames.

No era capaz de responder, de modo que me limité a asentir con la cabeza.

—Vámonos —dijo mi padre poniéndose en pie.

Le dio el brazo a mi madre y me hizo un gesto para que pasara en dirección al lugar donde se encontraban Peyton y los abogados.

—Necesito ir al lavabo —dije.

Mi madre, con los ojos enrojecidos, me miró con un gesto severo. Como si aquello, después de todo lo que había pasado, fuera precisamente lo que no pudiera soportar.

—No os preocupéis —dijo Ames—. Yo la acompaño.

Mi padre hizo un gesto de aprobación y le dio una palmadita en el hombro al pasar. En el vestíbulo del juzgado, la gente había abierto las puertas y salía a la luz del exterior. Habría dado cualquier cosa por estar en su lugar.

Ames me puso el brazo sobre los hombros mientras caminábamos.

—Te espero aquí, ¿vale? —dijo cuando llegamos a la puerta de los servicios de señoras.

En el interior, una luz brillante e implacable me golpeó cuando me acerqué a los lavabos y me miré en el espejo. Estaba pálida y tenía la mirada oscura, vacía e inexpresiva.

A mi espalda se abrió la puerta de uno de los excusados. La chica que salió era más o menos de mi estatura, pero más menuda, más delgada. Cuando se colocó a mi lado me fijé en que tenía la melena rubia recogida en una trenza medio deshecha que le caía sobre un hombro; unos mechones se escapaban a ambos lados del rostro. Llevaba un vestido de verano, botas de vaquero y cazadora tejana. Noté sus ojos clavados en mí mientras yo me lavaba las manos una vez y después otra antes de alcanzar la toalla y volverme hacia la puerta.

La abrí y allí seguía Ames, al otro lado del pasillo, apoyado en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho. Al verme, se irguió y dio un paso adelante. Vacilé, me detuve y la chica, que también salía del lavabo en aquel momento, chocó contra mí.

–¡Ups! Vaya, lo siento –se disculpó.

–No, no... –repuse al tiempo que me giraba hacia ella–. Ha sido... ha sido culpa mía.

Ella me miró un instante y después desvió la vista hacia Ames. Observé cómo sus ojos verdes captaban cada detalle de aquel desconocido durante unos largos segundos antes de volver a centrarse en mí. Pero me bastó una simple mirada para saber lo que estaba pensando.

¿Estás bien?

Yo estaba acostumbrada a ser invisible. La gente casi nunca reparaba en mí, y si lo hacía no se fijaba mucho. No era deslumbrante y encantadora como mi hermano, ni atractiva y elegante como mi madre, ni dinámica y ocurrente como muchas de mis amigas. Pero ese era precisamente el problema. Siempre crees que quieres que la gente se fije en ti. Hasta que lo hace.

La chica seguía observándome, esperando una respuesta para la pregunta que ni siquiera había expresado en voz alta.

Y yo podría haber contestado, pero entonces noté una mano en el codo. Ames.

–Sydney, ¿estás lista?

Tampoco entonces respondí. Sin saber muy bien cómo, nos dirigimos hacia el vestíbulo, donde ahora mis padres se encontraban hablando con los abogados. Mientras avanzábamos por el pasillo volví la cabeza varias veces intentando ver de nuevo a la chica, pero con todo aquel movimiento para entrar en la sala no lo conseguí. En cuanto nos alejamos del gentío, miré atrás una última vez. Me sorprendió verla exactamente en el mismo lugar donde la había dejado. Seguía allí, pendiente de mí, como si no me hubiera perdido de vista un solo instante.

2



Lo primero que se veía al entrar en casa era una foto de mi hermano. Estaba colgada justo enfrente de la enorme puerta de cristal, encima de una consola de madera y del gran jarrón chino en el que mi padre dejaba los paraguas. Pero quedabas disculpado si no te fijabas en estas otras dos cosas. En cuanto veías a Peyton, ya no podías apartar la vista de él.

Aunque físicamente nos parecíamos (pelo oscuro, tez morena, ojos marrones casi negros), él lograba lucir sus rasgos de una manera totalmente distinta. Yo era del montón; si acaso, monilla. Pero Peyton —el segundo de la familia, pues mi padre era Peyton I— era guapísimo. Había oído comparaciones de todo tipo, desde estrellas de cine de antes de que nacióramos hasta personajes legendarios que recorrieron los páramos escoceses en tiempos remotos. Yo estaba segurísima de que cuando era pequeño mi hermano no se daba cuenta de la sensación que causaba en la cola del supermercado o de la oficina de Correos. Me preguntaba cómo se habría sentido cuando de repente fue consciente del efecto que su atractivo provocaba en la gente, sobre todo en las mujeres. Como descubrir un superpoder, excitante y al mismo tiempo abrumador.

Sin embargo, antes que nada era mi hermano. Tres años mayor que yo, con esas sábanas azules de King Combat en su

cuarto que contrastaban con las mías rosas de Fairy Foo. Lo cierto es que lo adoraba. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era el rey del verdad o atrevimiento (por supuesto, siempre escogía este último), el corredor más rápido de la urbanización y la única persona que yo conocía capaz de permanecer de pie en equilibrio sobre el manillar de una bicicleta en marcha.

Pero, para mí, su talento más especial era su capacidad para desaparecer.

De pequeños jugábamos mucho al escondite, y Peyton se lo tomaba muy en serio. ¿Esconderse detrás de la primera silla que encontrara al entrar en una sala, o en el trillado armario de las escobas? Eso era de aficionados. Mi hermano se hacía un ovillo en el mueble que había debajo del lavabo del cuarto de baño, se tendía completamente plano debajo de un edredón, trepaba a la cabina de la ducha, extendía las extremidades hacia el techo y lograba mantenerse en equilibrio, no sé muy bien cómo. Siempre que le preguntaba cómo lo hacía, se limitaba a sonreír.

–Tienes que encontrar el lugar invisible –respondía.

Pero claro, solo él era capaz de verlo.

Practicábamos llaves de lucha libre mientras veíamos dibujos animados las mañanas de los fines de semana, nos disputábamos a quién quería más nuestro perro (adivinadlo), y las horas de la tarde que no dedicábamos a nuestras actividades (él, fútbol, yo, gimnasia) explorábamos el terreno sin construir que aún quedaba detrás de nuestra urbanización. Esa es la imagen que sigo teniendo de mi hermano cada vez que pienso en él: caminando delante de mí un día despejado, con un palo en la mano, abriéndose paso entre la amplia gama de colores del bosque en otoño. A diferencia de mí, Peyton nunca tenía miedo de que nos perdiéramos. Otra vez aquel coraje. No le atraían los terrenos llanos: siempre necesitaba algún obstáculo que superar. Cuando empezó a meterse en líos, yo deseaba poder regresar a aquellos días, seguir recorriendo el bosque con él. Como

si aún no hubiéramos llegado a nuestro destino y todavía existiera la oportunidad de que este se encontrara en otra parte.

Yo estaba en sexto de primaria cuando las cosas empezaron a cambiar. Hasta entonces, ambos habíamos estudiado en las mismas instalaciones de Perkins Day, el colegio privado al que acudíamos desde educación infantil. Sin embargo, aquel año Peyton pasó al complejo reservado a los mayores. Solo habían transcurrido dos semanas cuando empezó a andar por ahí con una pandilla de alumnos de segundo ciclo y de bachillerato. Lo trataban como a su mascota y lo retaban a hacer cosas absurdas, como robar helados en la fila de la cafetería o meterse en el maletero de un coche para escaparse del colegio a la hora de comer. Fue entonces cuando comenzó a forjarse la leyenda de Peyton. Era un fenómeno, mucho más que cualquiera de nosotros.

Mientras tanto, los días que no tenía gimnasia, yo volvía a casa en el autobús del colegio y me comía mi bocadillo sola, sentada frente a la isla de la cocina. Tenía mis propios amigos, claro, pero la mayoría de ellos tenía un horario muy apretado y las tardes ocupadas con distintas actividades. Era lo normal en Las Pérgolas, nuestra urbanización, donde cualquier familia mandaba a sus hijos a actividades extraescolares de cualquier tipo, desde chino mandarín hasta baile irlandés, pasando por todas aquellas que uno pudiera imaginar. En el plano económico, mi familia no era muy distinta de las otras de la zona. Mi padre, que había comenzado su vida profesional en el Ejército antes de graduarse en Derecho, había ganado bastante dinero actuando como mediador en conflictos empresariales. Era la persona a la que se acudía cuando una empresa tenía algún problema –amenazas de demanda, disputas entre empleados, prácticas dudosas a punto de salir a la luz– y necesitaba resolverlo. No era de extrañar que yo creciera pensando que no había problema que mi padre no fuera capaz de solucionar. Era lo que había visto siempre, desde que tuve uso de razón.

Si mi padre era el general, mi madre era la jefa de operaciones. A diferencia de otros matrimonios, que se tomaban lo de ser padres como una carrera de relevos en la cual se turnaban para ejercer distintas funciones, en mi casa los roles estaban claramente diferenciados. Mi padre se ocupaba del papeleo, de la casa y del mantenimiento del jardín; mi madre, de todo lo demás. Julie Stanford era La Madre, la que leía todos los libros que se publicaban sobre ser padres y cargaba su monovolumen con suficientes meriendas y material deportivo como para abastecer a todos los niños de la urbanización. Al igual que mi padre, cuando mamá hacía algo, lo hacía bien. De ahí que la sorpresa fuera doble cuando, con el tiempo, las cosas comenzaron a torcerse.

Los problemas con Peyton empezaron en el invierno del año en que cursaba cuarto de ESO. Una tarde yo estaba viendo la televisión en la sala con un cuenco de palomitas cuando sonó el timbre. Eché un vistazo por la ventana y vi un coche patrulla aparcado en el camino de entrada.

–¡Mamá! –grité. Ella estaba en el piso de arriba, en su despacho, que era como decir el mando centralizado para toda la casa. Papá lo llamaba el Centro de Operaciones–. Hay alguien ahí fuera.

No sé por qué no le dije que era la Policía; quizá sencillamente me pareció que decirlo significaría constatar una realidad. Además, aún no estaba muy segura de qué pasaba.

–Sydney, eres perfectamente capaz de atender la puerta –respondió ella; pero, como era de esperar, un segundo después ya estaba bajando la escalera.

No aparté la vista del televisor, donde las protagonistas de *Big New York*, mi programa de telerrealidad favorito, estaban enzarzadas en otra de sus peleas de gatas en medio de una cena. Desde que Peyton iba al colegio de los mayores, las distintas ediciones de *Big* habían formado parte de mi ritual vespertino: era el más vergonzante de mis placeres vergonzantes. «Mujeres

ricas guapas y mezquinas», así lo describían, y eso lo resumía todo. Había seis programas distintos –entre ellos, *Big Dallas*, *Big Los Angeles* y *Big Chicago*–, lo que me permitía ver fácilmente dos cada tarde, para matar el tiempo desde que llegaba a casa hasta la hora de la cena. Los vivía de tal manera que ya era como si esas mujeres fuesen mis amigas, y a menudo me sorprendía a mí misma hablando al televisor como si pudieran oírme, o pensando en sus discusiones y sus problemas aunque no estuviera viendo alguno de los programas en ese momento. Notaba una extraña sensación de soledad cuando me daba cuenta de que esas mujeres que yo percibía como amigas cercanas ni siquiera sabían de mi existencia. Pero sin ellas la casa parecía vacía, por mucho que allí estuviera mi madre, que también me hacía sentir vacía de una manera que me daba incluso miedo, desde el mismo momento en que bajaba del autobús después de clase. La mayor parte de mi vida me parecía anodina y triste; de alguna manera, me resultaba reconfortante evadirme contemplando la de otras personas.

Así que ahí estaba yo, viendo cómo Rosalie –la actriz retirada– acusaba a Ayre –la modelo– de ser una provocadora, cuando todo en nuestra vida familiar se trastocó. En cierto momento, la puerta estaba cerrada y todo iba bien. En el momento siguiente, la puerta estaba abierta y en el umbral estaba Peyton acompañado por un policía.

–¿Es este su hijo, señora? –preguntó el agente mientras mi madre daba un paso atrás y se llevaba una mano al pecho.

Eso era lo que yo recordaría tiempo después. Aquella única pregunta, cuya respuesta no revestía dificultad alguna, y a la que sin embargo desde entonces tendrían que enfrentarse con frecuencia mis padres, sobre todo mi madre. A partir de aquel día en que lo pillaron fumando marihuana con sus amigos en el aparcamiento de Perkins Day, Peyton comenzó a transformarse en una persona a la que no siempre reconocíamos. Habría más

visitas de la autoridad, más desplazamientos a la comisaría y, finalmente, comparecencias en el juzgado y estancias en centros de rehabilitación. Pero fue esa, la primera, la que quedó grabada en mi mente con todo lujo de detalles. El cuenco de palomitas calentito en mi regazo. La voz aguda de Rosalie. Mamá retrocediendo para dejar pasar a mi hermano. La mirada que mi hermano me dirigió mientras el policía lo acompañaba por el pasillo hasta la cocina. Tenía las orejas al rojo vivo.

Como no lo pillaron con drogas encima, la dirección de Perkins Day decidió zanjar el asunto con una expulsión temporal y con la realización de tareas supervisadas en el recinto de los pequeños. La historia –sobre todo la parte que describía cómo Peyton había sido el único que había echado a correr, obligando a los agentes a perseguirlo– circuló de boca en boca, y cada vez que se contaba de nuevo, la distancia que había recorrido –una manzana, cinco, un kilómetro y medio...– solía aumentar. Mi madre lloró. Mi padre, furioso, lo castigó durante un mes entero. Sin embargo, nada volvió a ser lo mismo. Peyton llegaba a casa, se encerraba en su cuarto y no salía hasta la hora de la cena. Cumplió su castigo; aseguró que había aprendido la lección. Tres meses después, lo detuvieron por allanamiento de propiedad ajena.

Ocurre una cosa curiosa cuando algo deja de ser un hecho aislado para convertirse en una costumbre. Es como si el problema hubiera dejado de ser un huésped temporal para quedarse a vivir permanentemente.

Después de aquello, caímos en una cierta rutina. Mi hermano aceptaba su castigo y mis padres se iban relajando poco a poco, dando por buenas las distintas razones de las que se valía Peyton para asegurar que no iba a volver a ocurrir. Luego lo detenían de nuevo –por tenencia de drogas, por robar en tiendas, por conducción temeraria– y otra vez entrábamos en la vorágine de cargos, abogados, juicios y sentencias.

Después de la primera detención por hurto, tras la cual los policías lo registraron y encontraron droga, Peyton fue a un centro de rehabilitación. Volvió a casa con una medalla en el llavero que indicaba que había pasado treinta días sin probar drogas y con mucho interés en aprender a tocar la guitarra gracias a su compañero de cuarto del centro de menores Evergreen. Mis padres le pagaron las clases e hicieron planes para reformar parte del sótano y convertirlo en un pequeño estudio donde poder grabar sus propias composiciones. Estaba a medio terminar cuando encontraron una pequeña cantidad de pastillas en su taquilla del colegio.

Permaneció expulsado tres semanas, durante las cuales debía quedarse en casa, recibir clases particulares y preparar su comparecencia en el juzgado. Dos días antes de su regreso al colegio, estaba profundamente dormida cuando me despertó el estrépito de la puerta del garaje. Miré por la ventana y vi el coche de mi padre saliendo a la calle marcha atrás. El reloj marcaba las tres y cuarto de la madrugada.

Me levanté y salí al pasillo, que estaba a oscuras y en silencio, y luego bajé la escalera sin hacer ruido. Había una luz encendida en la cocina. Allí estaba mi madre, con una sudadera universitaria sobre el pijama, preparando café. Al verme, movió la cabeza.

–Vuelve a la cama –me dijo–. Ya te contaré mañana.

A la mañana siguiente habían pagado la fianza de mi hermano, que de nuevo había sido detenido por allanamiento de propiedad ajena, esta vez con los agravantes añadidos de allanamiento de domicilio y resistencia a la autoridad. La noche anterior, después de que mis padres se acostaran, Peyton se había escabullido a hurtadillas de su habitación, había salido a la calle y había saltado la valla que rodeaba La Villa, la casa más grande de Las Pérgolas. Encontró una ventana sin pestillo y logró entrar y revolver durante unos minutos antes de que

llegara la Policía, alertada por la alarma silenciosa. Cuando advirtió su presencia, Peyton salió corriendo por la puerta trasera. Lo placaron al borde de la piscina y le dejaron unas marcas sanguinolentas bien visibles en la cara. Sorprendentemente, había sido eso lo que más había disgustado a mi madre.

—Creo que podríamos ganar el caso —le dijo a mi padre más tarde aquella misma mañana. Ya estaba vestida, en plan profesional: habían mantenido una reunión con el abogado de Peyton a las nueve en punto—. ¿Tú has visto esas heridas? ¿Qué pasa con la brutalidad policial?

—Julie, estaba huyendo de ellos —respondió mi padre con voz cansada.

—Sí, y lo entiendo. Pero también entiendo que es menor de edad y que no era necesario emplear la fuerza. Había una valla. Tampoco podía llegar muy lejos.

Vaya si podía, pensé, aunque fui lo bastante prudente como para no decirlo en voz alta. Cuanto más se metía él en líos, más se empeñaba mi madre en echar las culpas a todos los demás: que si en el colegio le tenían manía; que si la Policía era demasiado violenta... Pero mi hermano no era ningún angelito; bastaba con hacer un repaso de sus andanzas. Aunque a veces me daba la impresión de que yo era la única que lo hacía.

Cuando llegué al colegio la mañana siguiente, ya se había corrido la voz. Percibí miradas de reojo en todos los pasillos. Se había resuelto que Peyton abandonara Perkins Day y terminara el bachillerato en otro centro, aunque había distintas opiniones sobre quién había tomado la decisión, si el colegio o mis padres.

Me sentí afortunada de tener a mi lado a mis compañeras, que hicieron piña conmigo para dejar claro a todo el mundo que yo no era mi hermano, a pesar del parecido físico y del apellido que compartíamos. Jenn, a quien conocía desde los días de la escuela infantil Trinity Church, se mostró especialmente protectora. Su

padre había tenido sus propios encontronazos con la ley cuando estudiaba en la universidad.

–Nunca nos mintió, decía que solo estaba experimentando –me comentó cuando nos sentamos en la cafetería a la hora de comer–. Pagó su deuda con la sociedad y ahora míralo, un director ejecutivo de éxito, como lo será tu hermano. A él también se le pasará.

Jenn siempre hablaba igual, como si tuviera más años de los que tenía, sobre todo porque sus padres la habían tenido pasados los cuarenta y la trataban como a una pequeña adulta. Incluso lo parecía, con aquel peinado tan formal, sus gafas y esos zapatos seriotos. A veces daba una sensación rara, como si nunca hubiera sido pequeña, ni siquiera cuando de verdad lo era. Pero ahora me sentía reconfortada. Quería creerla. Quería creer cualquier cosa.

En aquella ocasión, la sentencia determinó que Peyton tendría que pagar una multa y pasar tres meses en la cárcel. Era la primera vez que íbamos todos al juzgado. Su abogado, Conrado Ambrose, que se anunciaba en las paradas de autobús de toda la ciudad («¿Necesita un abogado? ¡Llame a Conrado!»), aseguraba que era crucial que el jurado nos viera sentados detrás de mi hermano para apoyarlo como la familia leal y unida que éramos.

También estaba presente el nuevo mejor amigo de mi hermano, un chico que había conocido en el grupo de Narcóticos Anónimos al que había tenido que asistir. Ames, un año mayor que Peyton, era alto y tenía el pelo revuelto y una forma de andar algo desgarrada. Había sido detenido un año antes por traficar con marihuana y había cumplido seis meses de condena, y desde entonces no había vuelto a meterse en más líos; según decía todo el mundo, era el espejo en el que debía mirarse mi hermano. Juntos tomaban incontables tazas de café, jugaban con la consola y estudiaban, mi hermano los libros del nuevo

centro donde lo habían matriculado, Ames para el ciclo de gestión de hostelería que cursaba en el instituto de formación profesional de Lakeview. Estaban pensando que Peyton hiciera lo mismo cuando terminara el bachillerato; así podrían trabajar juntos en algún complejo turístico. A mamá le encantaba la idea, y ya tenía todos los papeles necesarios para hacerlo posible: estaban listos encima de su escritorio, dentro de un sobre ya franqueado. Solo quedaba solucionar el pequeño inconveniente de la cárcel.

Mi hermano terminó cumpliendo siete semanas en la prisión del condado. A mí no me dejaban verlo, pero mi madre iba cada vez que el régimen de visitas se lo permitía. Durante todo ese tiempo, Ames siguió viniendo a casa; casi parecía que estuviera aparcado en la mesa de la cocina con un café, haciendo alguna escapada para fumar al garaje, donde usaba como cenicero un cubo de arena que mi madre (a quien le horrorizaba ese hábito) le dejaba preparado. A veces se presentaba con su novia, Marla, una manicura de pelo rubio, grandes ojos azules y una timidez tan exagerada que apenas abría la boca. Si le decías algo, se ponía supernerviosa, como un cachorrillo tembloroso al que han atado demasiado corto.

Yo sabía que Ames era un consuelo para mi madre. Sin embargo, había algo en él que me hacía sentir incómoda. Como cuando lo sorprendía observándome por encima del borde de la taza de café, siguiendo todos mis movimientos con sus ojos oscuros. O cuando se las ingeniaba para tocarme –apretándome el hombro, rozándome el brazo– cada vez que me saludaba. Pero en realidad nunca me había hecho nada, así que terminé por pensar que era solo una impresión mía. Además, él tenía novia. Lo único que quería, según me repetía una y otra vez, era cuidarme como lo haría Peyton.

–Fue lo único que me pidió el día que entró en la cárcel –me dijo poco después de que mi hermano se hubiera ido. Mamá

había salido para atender una llamada y estábamos solos en la cocina—. Me dijo: «Cuida de Sydney, tío. Confío en ti».

No supe muy bien cómo reaccionar. Para empezar, no me parecía nada propio de Peyton, que apenas me había hecho caso durante sus últimos meses en casa. Además, incluso antes de todo aquello, él nunca se había comportado como el típico hermano protector. Pero Ames lo conocía bien, y la verdad era que yo ya no. Así que tuve que creerle.

—Ah, bueno... —dije, pensando que tenía que responder algo—. Gracias.

—De nada. —Me dirigió una de sus largas miradas—. Es lo menos que puedo hacer.

Cuando lo soltaron, Peyton siguió sin hablar demasiado, pero se implicó algo más. Ayudaba en las tareas de la casa y se mostraba más presente que en los meses anteriores. A veces, cuando volvía de clase, hasta se sentaba conmigo a ver la televisión. Sin embargo, apenas era capaz de soportar un ratito *Big New York* o *Big Miami* antes de hartarse de todas las concursantes.

—Esa es Ayre —intentaba explicarle mientras la antigua chica Playboy, demacrada y operadísima, sufría una nueva crisis—. Ella y Rosalie, la actriz, siempre andan a la grezca. ¿Te has fijado?

Peyton no contestaba; se limitaba a hacer un gesto de fastidio. Me di cuenta de que apenas tenía paciencia para nada.

—Pon lo que quieras —decía yo, y le ofrecía el mando a distancia—. En serio, me da igual ver una cosa que otra.

Pero no funcionaba. Era como si solo fuera capaz de estar conmigo un tiempo limitado antes de tener que levantarse a mirar el correo electrónico, rasguear la guitarra o picar algo en la cocina. Su inquietud iba en aumento, y eso me ponía nerviosa. Advertí que mi madre también se había dado cuenta de ello. Como si encerrara una energía interior que fuese creciendo

día tras día y que hubiese perdido su válvula de escape; hasta que la encontró.

En junio terminó el curso. Se celebró una ceremonia sencilla, con solo ocho compañeros, la mayor parte de los cuales también habían sido expulsados de sus centros anteriores. Asistimos todos, Ames y Marla incluidos, y después fuimos a cenar a Luna Blu, uno de nuestros restaurantes favoritos. Allí, mientras picoteábamos su famoso aperitivo a base de pepinillos fritos, brindamos con refrescos por mi hermano antes de que mis padres le entregaran su regalo de graduación: dos billetes de ida y vuelta a Jacksonville, Florida, para que él y Ames pudieran asistir a un prestigioso curso de hostelería. Mi madre incluso había concertado una cita con el director, además de una visita guiada. Faltaría más.

—Genial —dijo mi hermano con la vista fija en los billetes—. En serio. Gracias, papá, gracias, mamá.

Mi madre sonrió con lágrimas en los ojos mientras mi padre se inclinaba hacia Peyton para darle una palmadita en el hombro. Estábamos sentados en la terraza, bajo la luz tenue de los farolillos, y acabábamos de terminar de cenar. Aquel momento parecía no tener nada que ver con el año que habíamos dejado atrás, como si todo lo ocurrido en otoño y antes no hubiera sido más que una pesadilla. Al día siguiente, mi madre se sentó a hablar conmigo sobre mis planes para ir a la universidad. Por fin, el proyecto era yo. Ahora me tocaba a mí.

Aquel otoño empecé el último curso de secundaria en Perkins Day. Mi transición al segundo ciclo durante el año anterior había sido tan tranquila como accidentada la de mi hermano. Jenn y yo nos hicimos amigas de Meredith, una chica nueva que había ido a vivir a Lakeview para realizar sus entrenamientos de gimnasia en las instalaciones deportivas de la universidad. Era menuda y fibrosa y tenía el mejor porte que yo había visto en mi vida, además de la coleta más tiesa. Entrenaba en el nivel

de competición desde los seis años. Nunca había conocido a nadie tan motivado ni tan metódico; pasaba en el gimnasio prácticamente todas las horas que no tenía clase. Forjamos una firme amistad, pues las tres nos sentíamos un poco más maduras que el resto de nuestros compañeros: Jenn por su educación, Meredith por su dedicación al deporte y yo por todo lo vivido el año anterior. Para bien o para mal, la leyenda de mi hermano aún me precedía. Pero la elección de mis amigas –y el hecho de que evitáramos todo tipo de fiestas y actividades ilegales, por mucho que nuestros compañeros participaran en ellas– dejaba claro que éramos distintas.

Peyton trabajaba de aparcacoches en un hotel de la ciudad y asistía al instituto de formación profesional de Lakeview con Ames, mi padre viajaba con mayor frecuencia últimamente y mi madre había retomado sus tareas de voluntariado, de modo que a menudo tenía la casa para mí sola cuando regresaba del colegio. Volví a experimentar aquella melancolía que crecía a medida que se iba poniendo el sol. Intentaba llenarla con *Big New York* o *Big Miami*, viendo un episodio tras otro hasta que los ojos me lloraban. De ahí que siempre sintiera una oleada de alivio cuando oía la puerta del garaje: eso indicaba que alguien volvía a casa y que llegaba la hora de cenar y de acostarse. Y que ya no estaría sola.

El día siguiente al de San Valentín, mi hermano salió de trabajar a la hora acostumbrada, poco después de las diez de la noche. Sin embargo, en lugar de volver a casa, fue a ver a un antiguo amigo de Perkins Day. Bebió varias cervezas, se fumó unos cuantos porros e ignoró las llamadas de mi madre, que llegaron a agotar la capacidad de su buzón de voz. A las dos de la madrugada salió del piso de su amigo, subió a su coche y emprendió el camino de regreso a casa. A esa misma hora, un chico de quince años llamado David Ibarra saltó sobre su bicicleta para recorrer la corta distancia que separaba su casa de la

de su primo, donde se había quedado dormido en el sofá mientras jugaban con la consola. Estaba tomando el desvío a la derecha desde Dombey Street para enfilar Pike Avenue cuando mi hermano lo embistió frontalmente.

Aquella mañana me despertó un grito de mi madre. Un sonido gutural y horrible que no había oído antes; por primera vez entendí el significado literal de que se te hiele la sangre. Salí de mi cuarto a toda prisa y bajé la escalera para detenerme justo ante la puerta de la cocina, pues de pronto me di cuenta de que no estaba segura de estar preparada para lo que estaba ocurriendo allí dentro. Pero entonces mi madre empezó a llorar, y me obligué a entrar.

Mamá estaba de rodillas, con la cabeza inclinada; mi padre, agachado delante de ella, le sujetaba los hombros. Emitía un sonido espantoso, peor que el de un animal herido. Lo primero que pensé fue que mi hermano había muerto.

–Julie, cariño, respira –decía mi padre–. Respira.

Ella sacudió la cabeza. Estaba pálida. Ver a mi madre, siempre tan fuerte y competente, en aquel estado, fue una de las experiencias más aterradoras que he vivido nunca. No podía soportarlo más. Por eso me obligué a hablar:

–¿Mamá?

Mi padre se volvió y me vio.

–Sydney, sube a tu cuarto. Ahora mismo voy.

Obedecí. No sabía qué otra cosa podía hacer. Me senté en la cama y esperé a mi padre. Y en aquel momento sí tuve la impresión de que el tiempo de verdad se había detenido durante aquellos cinco minutos, o quince, o los que fuesen.

Por fin, mi padre apareció en el umbral. Lo primero que llamó mi atención fue lo arrugada que tenía la camisa, retorcida en algunas zonas como si alguien se hubiera agarrado a ella. Eso sería lo que recordaría con más claridad algún tiempo después. Aquella tela de cuadros, todos descolocados.

–Ha habido un accidente –dijo. Su voz sonó inexpresiva–. Tu hermano ha herido a alguien.

Más tarde, al volver a pensar en aquellas palabras, me daría cuenta de lo reveladoras que eran. «Tu hermano ha herido a alguien.» Era como una metáfora, con un significado literal y otros muchos figurados. David Ibarra había sido la víctima. Pero no era el único que había resultado herido.

Peyton estaba en la comisaría, adonde lo habían llevado después de que la prueba de alcoholemia hubiera certificado que su tasa de alcohol en sangre doblaba el nivel máximo permitido. Pero el hecho de conducir bajo la influencia del alcohol era el menor de sus problemas. Como aún estaba en libertad condicional, esta vez no habría indulgencia ni fianza, al menos de entrada. Mi padre llamó a Conrado Ambrose, se cambió de camisa y salió de casa para reunirse con él en la comisaría. Mamá subió a su habitación y cerró la puerta. Yo me fui a clase. No sabía qué otra cosa podía hacer.

–¿Seguro que estás bien? –me preguntó Jenn junto a las taquillas después de la tutoría–. Te noto rara.

–Sí, estoy bien –dije mientras metía un libro en la mochila–. Solo un poco cansada.

No sé por qué no se lo conté. Era como si aquello me sobrepasara y no quisiera darle aire para que respirase. Además, pronto se enteraría todo el mundo.

Aquella noche, más o menos a la hora de la cena, comencé a recibir mensajes en el móvil. Primero de Jenn, luego de Meredith y después de otros amigos. Apagué el teléfono mientras me imaginaba cómo se iba corriendo la voz, del mismo modo en que unas gotas de colorante tiñen poco a poco un vaso de agua. Mi madre seguía en su habitación y mi padre todavía no había vuelto, así que me preparé unos macarrones con queso que me comí de pie, frente a la encimera. Después subí a mi cuarto y permanecí tumbada encima de la cama con la vista

clavada en el techo hasta que oí el sonido familiar de la puerta del garaje. Esta vez, sin embargo, no ayudó a que me sintiera mejor.

Unos minutos después oí que llamaban a mi puerta y entró mi padre. Parecía agotado. Las grandes bolsas que tenía bajo los ojos hacían que pareciera que había envejecido diez años desde la última vez que lo había visto.

–Estoy preocupada por mamá –solté de repente, antes de que él tuviera tiempo de decir nada. Ni siquiera había pensado en decir aquello, fue como si otra persona hubiera hablado con mi voz.

–Lo sé. Se pondrá bien. ¿Has cenado?

–Sí.

Me miró unos instantes, y luego atravesó el cuarto para sentarse al borde de mi cama. No era el típico padre empalagoso, nunca lo había sido; era más de palmadita en el hombro, un maestro del abrazo rápido y paso atrás. Era mi madre la que siempre me atraía hacia sí, me achuchaba y me acariciaba el pelo. Pero ahora, en el más extraño y horrendo de los días, mi padre me abrazó. Yo le devolví el abrazo como si me fuera la vida en ello, y permanecimos así durante lo que me pareció un buen rato.

Nos quedaban muchas cosas por vivir, algunas terriblemente familiares y otras nuevas por completo, lo cual sería aún peor. Mi hermano jamás volvería a ser el mismo. Yo jamás dejaría de pensar en David Ibarra, al menos una vez al día. Mamá seguiría luchando, pero había algo que jamás podría recuperar. Y yo jamás podría volver a mirarla sin echar de menos ese algo. Demasiados jamases. Pero en aquel momento lo único que hice fue abrazar a mi padre y cerrar los ojos con todas mis fuerzas, intentando que el tiempo se detuviera de nuevo. No lo conseguí.